

Entre dos culturas

Amores suecos compartidos entre Bergman y los poetas contemporáneos

Fernando Aínsa

En Montevideo nació el amor por Bergman, se extendió a la literatura sueca en la UNESCO, vivió en Estocolmo con poetas uruguayos exiliados y, de la mano de Uriz, encontró su cenit en los poetas suecos contemporáneos, para extasiarse con Lundkvist.



Fotograma de *Un verano con Mónica*

Creo que la primera imagen de Suecia me llegó a mis dieciséis años a través de los veranos suecos de las películas de Ingmar Bergman, especialmente *Un verano con Mónica* (1953). Los amores de Harry Lund, el joven de 19 años con Mónica de 17, navegando entre las islas de la costa sueca, los pechos al descubierto, los desnudos eróticos y esos jóvenes emancipados en comunión con la naturaleza, conmocionaron mi sensibilidad adolescente y la de la sociedad montevideana de la época. Sin embargo, las libertades de esa sociedad para mí entonces desconocida, nos permitió descubrir a Bergman y la fuerza de su cine. Ese mismo año de 1953, viviría la trágica peripecia del payaso Frost y su mujer Alma, especialmente cuando la lleva en sus brazos ante una multitud que se burla de su destino, inolvidable escena de *Noches de circo* (1953), la segunda película que se proyectó con singular éxito en Montevideo.

La devoción por Bergman sería ejemplar a partir de esas películas —y me atrevería a decir única— en la sociedad culta del Uruguay de esos años. Cada una de sus películas era precedida de una serie de artículos de crítica cinematográfica y literaria, respectivamente en manos de Homero Alsina Thevenet y Emir Rodríguez Monegal que firmarían años después conjuntamente un libro sobre el realizador sueco — *Ingmar Bergman. Un dramaturgo cinematográfico* (1964) —y una vez estrenada publicaban nuevos artículos: el primero de los cuales era siempre una “primera impresión de anoche”, seguida de crónicas exhaustivas y, a veces, de mesas redondas y coloquios en Cine Club y Cine Universitario. Cuando se proyectó *El séptimo sello* (1957) y viví la escena inicial del diálogo entre el caballero Antonio Block y la muerte, frente al tablero de ajedrez y con un paisaje tormentoso de fondo, mi lealtad con Bergman quedó signada para siempre. Otras escenas memora-

bles, como la pesadilla sobre su propia muerte del profesor Isak Borg con que empieza *Fresas salvajes* (1957), escena de luces contrastadas e impecable realización filmica, me marcarían y hoy la evoco como el umbral inevitable de mi ingreso a la cultura sueca.

Claro que podría recordar que en mi lejana infancia cabalgué en el lomo de un ganso con Nils Holgersson en *El maravilloso viaje de Nils Holgersson* de Selma Lagerlöf sobre la geografía de Suecia, cuyo paisaje es descrito en ese delicioso libro que he releído con renovado placer este verano de 2014 en un E-Book. Lo hice entonces gracias a la sensibilidad de una escritora que supo mirar su tierra desde una perspectiva tan original como poética. Lo hice ahora en la alegría de la inesperada relectura.

Literatura sueca en la UNESCO

Reencontré la literatura sueca durante los años en que dirigí la *Colección UNESCO de Obras representativas*

entre 1991 y el 2000. Allí publicamos en francés *L'exil de la terre* de Pär Lagerkvist, Premio Nobel 1951 —de quién había leído su novela más emblemática, *Barrabás* (1950) —; una *Antología de poesía sueca contemporánea* (1981) traducida por Francisco Uriz y presentada en Madrid por el poeta y editor, y por entonces senador socialista, Carlos Barral, ante las reinas de España, Sofía, y de Suecia, Silvia, y del ministro de cultura, Javier Solana. En esos años publicamos también en francés *Gheel, la ville des fous* de Per Odensten, una magnífica y original novela desgraciadamente ignorada en lengua española, y un libro sobre las danzas rituales africanas —*The Mask of Spring Water*— de la bailarina y coreógrafa Birgit Åkesson.

Conocer y tratar a Åkesson fue una experiencia inolvidable. Una viejecita encantadora de más de ochenta años, con los restos de una belleza que su cuerpo flexible mantenía inalterable, a la que vi un par de veces en París y otra en su acogedor ático de Estocolmo. Sus recuerdos africanos, del Ballet Real de Suecia, las fotos donde se apreciaba su innovador estilo, su cálido sentido del humor y su modestia innata, me acompañaron por las calles de la capital sueca que me hizo recorrer con paso ágil en su compañía.

“ Reencontré la literatura sueca durante los años en que dirigí la Colección UNESCO de Obras representativas entre 1991 y el 2000. ”

Visitar Estocolmo era el complemento que me faltaba. Me atrevería a decir que es una de las capitales europeas más hermosas, especialmente si se visita en verano, cuando los días se prolongan, interminables, en noches brevísimas. He estado un par de veces en la buena estación y con tiempo asoleado, una verdadera bendición,

reviviendo la atmósfera de mi primer Bergman en esos islotes que bordean sus aguas, donde se levantan casas de recreo y árboles espléndidos.

En Estocolmo residían, además, mis viejos colegas y compañeros de Comunidad del Sur, exiliados en Suecia y fundadores de la editorial Nordan/ Comunidad donde publiqué *Con acento extranjero* (1984) y participé en un par de antologías del cuento uruguayo. Su promotor y *alma mater*, Rubén Prieto, volvió a Montevideo al restablecerse la democracia en 1984, cuando parte de la Comunidad regresó gracias a la generosidad del gobierno sueco para reinstalar con moderna maquinaria la vieja editorial. En Upsala estaba Leonardo Rossiello, escritor también exiliado, con quién he restablecido contacto gracias a nuestra común participación en Facebook. En Estocolmo el poeta uruguayo Hebert Abimorad, me dedicaría sus libros.

Y finalmente llega la poesía

Los extraños azares de la vida me llevaron a conocer a Francisco Uriz en Macao en un coloquio sobre Camoes, organizado en vísperas de la entrega de la posesión portuguesa a China Popular en julio de 1999. Luego lo reencontraría en Zaragoza donde decidí vivir, pocos meses después. A partir de ese encuentro privilegiado empecé a leer en profundidad la poesía sueca que había editado años antes. “Paco” —como había pasado a llamarlo familiarmente— me fue ofreciendo los libros que iba traduciendo al español y a través de ellos ingresé a una poesía que me interesó mucho más que el lirismo y los excesos de la retórica “yoista” de otras literaturas. En la poesía sueca encontré un desgarrado y contenido existencialismo, una aguda y sensible mirada sobre lo cotidiano, lo sencillo trascendido en versos que me permearon osmóticamente en mi incipiente vocación de poeta. Mi deuda con Henrik Nordbrandt y su excelente *Nuestro amor es como Bizancio*, Lasse Söderberg, Kjell Espmark (*Voces sin tumba*), Gunnar Ekelöf (*Non*

serviam) fue evidente en mi libro *Bodas de Oro* y gravita en lo que modestamente entiendo por poesía.

Cuando el pasado mes de julio tuve que ingresar al hospital para una intervención en el riñón derecho puse en mi maletín *Textos en la nieve* de Artur Lundkvist, una completa antología de su obra, desde *Brasas* (1928) a *Símbolos* (1982). En mi obligada pausada lectura hospitalaria pude apreciar la variedad temática de su prosa poética, sus *afolirismos*, su pesimismo activo, su “neurosis contestaria”, esa adoración de la vida por sobre todas las cosas, la “elegía” a Pablo Neruda, sensible biografía poética del Premio Nobel que contribuyó a otorgar desde la Academia Sueca. Me convenció su clamor: “Darnos un sueño luminoso que nos acompañe como una buena hermana”, ese “pasear con lentitud para no gastar la hermosa tarde”, ese estar “desesperado como un pez en el asfalto”, pero —sobre todo— ese estar “harto de verdades con pies cortados/ y noticias con pañuelos en la boca”, esa “finca rodeada por un muro de cemento” donde “todo está permitido, pero donde nada es posible”.

“ En la poesía sueca encontré un desgarrado y contenido existencialismo, una aguda y sensible mirada sobre lo cotidiano. ”

Mientras me iba convenciendo que estaba ante un gran poeta le escribí a Paco Uriz —su traductor— para contarle la circunstancia en que lo estaba leyendo. Compadecido por mi devoción por la poesía sueca en esas delicadas circunstancias, me invitó a participar en este número de *Crisis*. Y aquí estamos —en Oliete, Teruel, a la sombra de un laurel— hablando de mis viejos amores por Bergman y los recientes por los poetas suecos contemporáneos.

Oliete, agosto 2014.